



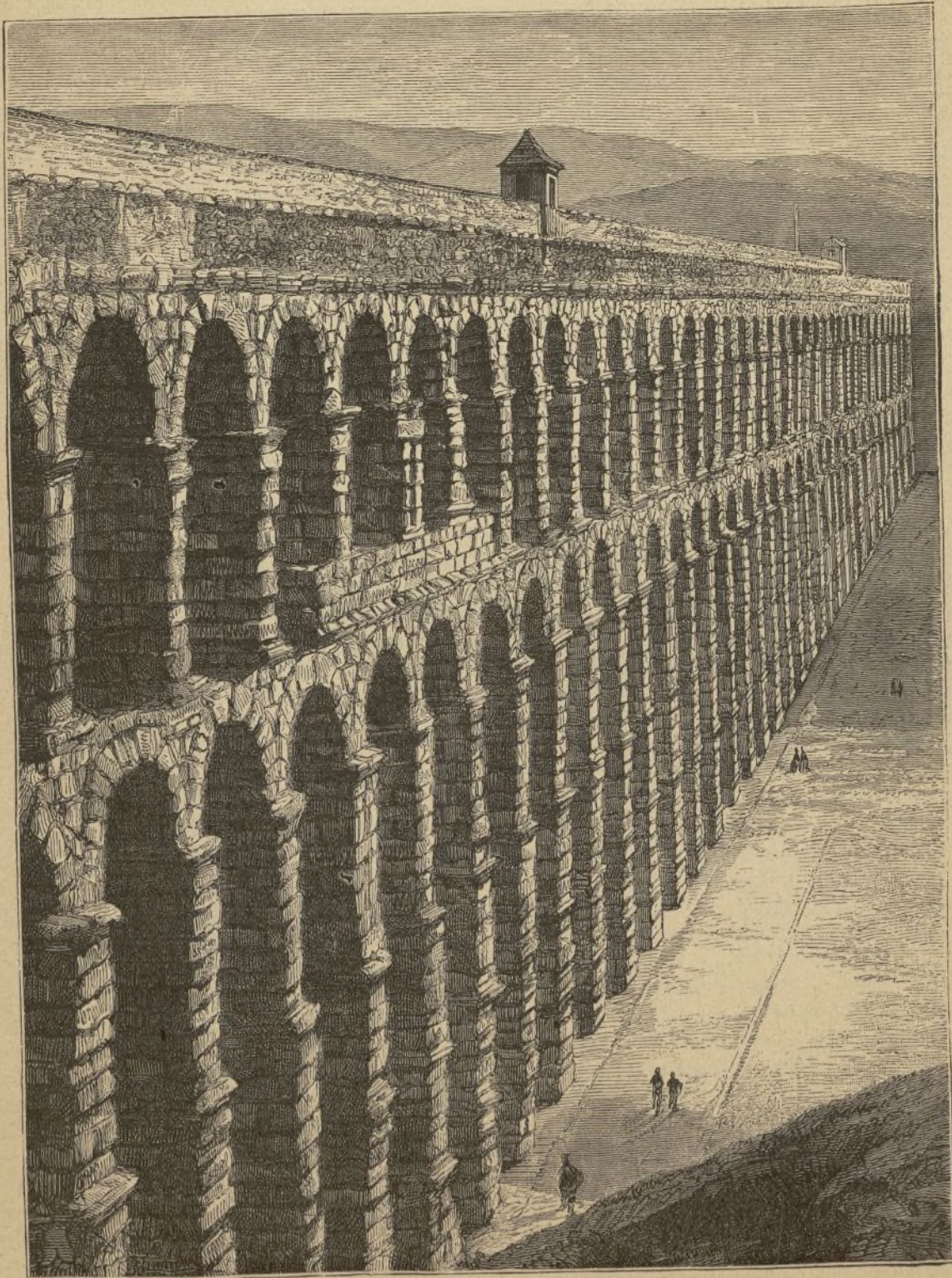
HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 5.^a — AÑO XIII. — TOMO XI.

NÚMERO 25. — Madrid 5 de Septiembre de 1888.

NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.



ACUEDUCTO ROMANO DE SEGOVIA.

Ayuntamiento de Madrid

SUMARIO

Texto.

La Década, Tordesillas. — *Carta pastoral del Excmo. y Rmo. Obispo de Madrid-Alcalá* (conclusión). — *Balada*, Pedro de Madrazo. — *Las heroínas de Gerona en el sitio de 1808 y 1809*, Narcisa Masaguer y Febrer. — *En Galicia*, Angel Lasso de la Vega. — *Siete días en un oasis*, N. A. — *El fondo del placer*, M. Polo y Peyrolón. — *Un matrimonio á la moda*, Juan Tomás Salvany. — *Crónica*. — *Notas sueltas*.

Grabados.

ACUEDUCTO ROMANO DE SEGOVIA. — Situada esta ciudad sobre dos colinas y en el valle que las separa, lo cual privaba de agua á una gran parte de sus habitantes, en tiempo de Trajano, según tradición, trató de satisfacerse aquella necesidad por medio de un acueducto. Empieza sostenido por un solo orden de arcos que en su base no exceden de tres pies; y siguiendo por un declive casi insensible, va á ganar la cima de la colina que está al extremo opuesto de la ciudad, de suerte que en la parte más elevada parece un puente levantado sobre el abismo. Hay dos ramales que, con relación á la ciudad, forman un ángulo obtuso; desde el principio de este ángulo el monumento se hace imponente. Sus dos órdenes de arcos, elevándose uno sobre otro, causan asombro al comparar con su elevación su estrecha base.

La solidez del acueducto después de diez y seis siglos parece inexplicable cuando se examina de cerca su construcción, tan sencilla, que las cuadradas piedras parecen colocadas unas sobre otras, sin apariencia exterior de cemento alguno de argamasa.

El grabado es reproducción de vista fotográfica.

CALLE DE LOS CONDES, en Barcelona, dibujo de Casanovas. Es una de las que mejor conservan el tipo de las calles antiguas de la ciudad de los Condes, en estos días tan visitada con motivo de la Exposición internacional. Tiene esta pintoresca vía, por un costado las paredes del convento de Santa Clara y el histórico palacio donde se halla el archivo de la Corona de Aragón, y por otro la suntuosa fachada lateral de la catedral, cuyo viejo aspecto presenta la misma silueta que vieron los antepasados. El dibujo de Casanovas está hecho con una seguridad de pluma poco usual, y ofrece cabal idea del característico *carver dels Comptes*.

¿QUÉ HEM DE FER? ¿VENEN Ó NO VENEN Á VEURE L'EXPOSICIO...? por José Pahissa. Tipo del *masover* catalán, colono, arrendador payés, reflejado en el papel por el finísimo lápiz de Pahissa de modo tan admirable, que á la simple vista se comprende el sentimiento de verdad impreso en la popular figura. Desde Barcelona, y orgulloso de los palacios y riquezas que ha visto en la Exposición, invita á que se vaya á ella.

LA RIERA DE AMER, por Félix Mestre. Sobre este río fué construido un puentecillo durante la última guerra carlista, que tomó el nombre de «Puen de Savalls» por haberle hecho construir para su uso aquel guerrillero. Lo pintoresco de la situación animó á reproducirla al joven artista Mestre, con el atractivo que ofrece nuestro grabado.

LA DÉCADA

UERA de la comidilla política ó del crimen, de que no quiero acordarme, los asuntos puestos sobre el tapete de la atención pública ofrecen poco de particular. Los sucesos de impresión puede decirse que *no suceden*; los diarios se ven y se desean para llenar columnas; todos eligen los mismos temas; lo que se publica por la mañana se reproduce por la tarde; del hecho más trivial se saca punta á una noticia; la personalidad de los conspicuos da motivo á la construcción de párrafos y artículos kilométricos; no ya lo que maquina ó piensa algún esclarecido ó eminente, sino lo que habla con cualquier curioso *sensacionista*, se manosea, estira y alarga para formar la novela del día y para suscitar el interés del lector de á perro chico, que fácilmente siente, juzga y piensa con sumisión al criterio y parecer del periodista que le sopla é ilumina, ya en el terreno de las ideas ó en el vasto y ameno campo de las tonterías. Decía Figaro: «¿No se lee porque no se escribe, ó no se escribe porque no se lee?» Pues si resucitara aquel gran maestro de las verdades de su tiempo, vería que ahora no se lee por lo mucho que se escribe ó se escribe por lo mismo que no se lee. Es decir, tanto como eso de no leer nada, no. Se lee, sí que se lee; cartas, rótulos, carteles, libros.... de cuarenta hojas, prospectos que se dan gratis por la calle y, sobre todo, papeles periódicos, diarios noticieros, semanarios chuscos y mordientes, ordinarios y extraordinarios. Y no se crea que los de mayor aceptación y atractivo son los políticos

por el hecho de ser políticos, sino tal vez por el de ser mal educados, que de todo hay en la viña de la publicidad y del comercio del bombo.

* *

Precisamente en París, sin duda porque allí tienen tan poco de que hablar como nosotros, se discute ahora el periodismo, el periodismo de quien dijo Julio Fabre, en francés por supuesto, que «no era posible gobernar con los periódicos.» «De la prensa — escribe un célebre periodista nuestro, Don Juan Mañe y Flaquer — puede decirse lo que se ha dicho de la lengua: que es lo mejor y lo peor que tiene el hombre;» lo mejor si se la mira en reposo, exponiendo doctrinas, fortaleciendo ideas sanas, desvaneciendo errores, manteniendo los buenos principios que han de servir de régimen á la sociedad. Esta es la prensa menos apreciada y menos leída. La otra.... pues la otra — seamos francos — la inspirada en la pasioncilla, la que recoge el limo de nuestras miserias, la que todo lo hace personal y acomodaticio, la que adula al poder y no tiene ecos para las buenas acciones; la prensa que patrocina las malas causas y ha creado ese vivo interés por la noticia pueril, por el chisme, por la intriga política ó social, esa es la que vende, la que circula, la que medra y la que priva. La prensa de mal papel, la que hace mejor papel; el papel peor impreso, el que anda en manos de todos, el que leen, mejor dicho, el que devoran desde el cochero al duque, desde el albañil á la más encopetada dama. ¿Por qué? Por cualquiera de una de estas cosas, ó por todas juntas: porque el papel noticiero piensa poco, escribe breve y se nivela con el vulgo; porque entera de todo lo que flota, importe ó no importe; porque con sus artes de información mantiene viva la curiosidad pública. La prensa ligera, arriesgada en el juicio, incisiva, menuda, ha desarrollado un interés relativo, más aparente que real, en los actos, costumbres y pequeñeces de la vida. El periódico, bien ó mal escrito, que la mayoría de la gente no distingue de formas y colores, lo ha suplido todo con la rapidez, la impresión y la intención. Gracia de buena ó mala ley, intención que por lo menos escueza, esto es lo esencial. Con esto, una dosis de optimismo y otra de escepticismo, el papel vuela por la calle, por la vía férrea, penetra hasta en el hogar más apartado, y así únicamente es como en España se aprende á leer. Ahora, eso de que nuestra prensa sea la más desinteresada, la que más fácilmente da un bombo y contribuye á hacer personajes.... se dirá acaso, por ese empalagoso restregar nombres de vividores ó políticos, empresarios ó toreros, grandes señores que convidan, ó damas de la *crema* que forman el almanaque de los salones, esos son los nombres que tiene estereotipados y desgastados la prensa callejera, esos los que decoran sus revistas y misceláneas; pero ¡pobre autor de un buen libro, de un buen drama ó de un buen cuadro! Si no es amigo, ó compinche del periódico.... pagará á buen precio el reclamo, y gracias.

* *

Y el fraude de la crítica ó del juicio amistoso y concertado, no corre el riesgo del decomiso ó de la multa impuesta á los falsificadores. Según la simpatía ó antipatía del censor con el autor, puede emplearse el incensario ó el dardo; cabe labrar una reputación ó deshacerla. No hay para estos excesos límite ó correctivo. No hay visita de inspección para libros é impresos como se practica para alimentos nocivos. Libres nos vemos de las adulteraciones en los comestibles mediante el celo de la autoridad que retira de la venta leche, jamones, alcoholes, bacalao y otras sustancias peligrosas para la salud. El cuerpo, mal que bien, se defiende de la su perchería especuladora. Pero ¿y el espíritu? ¿Quién rectifica é impide la difusión de errores y conceptos

falsos? ¿Quién libra á la inteligencia vulgar de las ideas perjudiciales y de los juicios torcidos que las gentes sencillas sacan de los periódicos; de la aserción caprichosa ó la noticia inventada que lectores sandios admiten sin correctivo y repiten como papayos?

* *

Mucho se vigila estos días para evitar las falsificaciones de los artículos de primera necesidad. Mas es tal la desfachatez y poca aprensión de los especuladores, que vaya usted á saber lo que comeremos y lo que beberemos. Una de las cosas denunciadas por el Alcalde del Congreso han sido cinco barriles de manteca de caballo destinadas, según parece, á la condimentación de alimentos. Los pobres serán los primeros víctimas de la criminal industria que no se concretará á la grasa, sino que expenderá la carne de animales muertos. Por ahí habrá, á estas fechas, muchos pobres hombres que en lugar de ir jinetes, llevarán el caballo dentro. Y los ardidés de la falsificación son viejos, según cuenta la crónica. En los archivos de la ciudad de Nuremberg hay manuscritos que denuncian estos hechos y el rigor con que los alemanes los castigaban en el siglo XVI. Dos hombres fueron quemados y una mujer sepultada viva por falsificadores de drogas. Indultado otro por haber bautizado el vino, obtuvo la gracia especial de que le cortaran las orejas. Otra mujer fué sepultada viva por haber hecho uso de pesos falsos. Penas tan bárbaras demuestran la importancia de un delito que en nuestro tiempo apenas si se considera una falta. ¿Qué más? Hasta el pan se hacía en no muy remotos siglos sospechoso. Se había perdido el secreto de la levadura, del pan ácimo que, según el Exodo, Moisés prescribe á los israelitas durante la Pascua, y hubo época en que el Parlamento de París, prohibió el empleo de la levadura suponiendo que contenía sustancias venenosas. Los notables, los comilones y los banqueteros de ahora se ocupan mucho de comer bien, pero poco de saber lo que comen.

* *

«Entendámonos», decimos habitualmente, en la conversación familiar; pero no logramos entendernos. Donde hay tres hombres, salen tres opiniones; de tres juicios, tres choques. Hablamos, discutimos, y cada cual se queda con la suya. Esto se realiza dentro del límite de una lengua tan clara y precisa como la española. ¿Qué sería si todos los idiomas conocidos se convirtieran en uno? ¿Recuerdas, lector mío, aquel proyecto de idioma artificial bautizado con el nombre de *Volapük*? Le inventó un soñador llamado Schlyer, y entre nosotros fué su más acérrimo propagandista, el sabio y erudito Doctor Letamendi, que hizo práctica su explicación por medio de tres cartones. «La lengua universal, decía, va de veras, ahora que el mundo no está dividido en romanos que hablan y en bárbaros que ladran. Si para el porvenir adoptamos el darwinismo, entonces anglosajones y latinos nos comeremos á la humanidad; y por último, veremos quién se come á quién.» Y luego añadía: «Por el camino del darwinismo se va á la brutalidad. Por el lenguaje común se va á la civilización.» La lengua en tan felices términos anunciada y descrita no ha seguido moviéndose, no ha vuelto siquiera á tartamudear, y ahora sale un articulista del *Figaro* diciendo que el *Volapük* ha desaparecido, pues tenía dos inconvenientes: el de no ser lengua de ningún pueblo, y el más grave, de necesitar estudio completo. Un congreso internacional ha decidido, á cencerros tapados, que la lengua universal se componga de todas las de Europa...., quedando, por tanto, consistentes los idiomas que de este modo define: el español, lengua militar; el italiano, lengua de las mujeres; el francés, lengua de la diplomacia y de la ciencia; el inglés, lengua del *sport*, y el alemán, lengua de pe-

rrros y otros animales. Viejas son esas calificaciones, sino que Carlos V decía que la lengua española se había hecho para hablar á Dios, y en cuanto al idioma universal, ya Leibnitz, Recher y el Obispo anglicano Wilkins lo intentaron vanamente.

* *

Entre las calles céntricas, la de Alcalá es como si dijéramos la bandeja de plata de la villa; relativamente está bastante limpia, no le sucede lo que á otras muchas de barrios próximos ó lejanos, donde no entra nunca la escoba; aquella escoba que, según dijo un concejal, tanto tiene que barrer. Pues en el sitio más notado de la calle de Alcalá, en el cogollo de la gran vía interina, hay un solar y en él dos ó tres barracas tabernarias, y en una de ellas se estableció el llamado *cante* flamenco con sus groserías, contorsiones y *jipios*. Pero la autoridad — muy bien hecho — le ha echado de allí, aunque en vez de suprimirle le relega á otros lugares apartados, por lo que sucede con esta diversión lo que con ciertas llagas que los médicos no aciertan á curar y se contentan con quitarlas de la cara. A la ciudad de Lisboa habíamos regalado un ejemplar de estos festejos incultos, una compañía de *cantaos* españoles; y qué tal andaría aquello que los portugueses han puesto á los histriones de patitas en la calle, y no sabemos si de patas en la frontera.

* *

Para terminar, viene á pelo el *interview* á la moda, celebrado por nuestro corresponsal con el viejo cocinero de un hotel de la Concha:

— Usted me dijo un día que la mejor política es el plato. Sírvese explicarme en qué funda usted su aserto, pues importa dar á conocer al país las opiniones de un hombre que tiene la sartén por el mango.

— Sí, señor, tengo en mi mano las *masas* y los *moldes* y puedo asegurar á usted que nada se hace cuando no se come, y que el banquete en este momento histórico, es el lazo que mejor une á los hombres.

— ¿Qué piensa usted de las aproximaciones?

— Que está la mesa puesta.

— ¿Y de las desviaciones?

— Que está el horno ardiente.

— ¿Y de las mayorías?

— Horno flojo para suspirillos y merengues secos.

— ¿Y de los que desconfían de su destino?

— Bartolillos.

— ¿Se arreglarán las disidencias?

— Pastel frío.

— ¿Qué partido tomaremos?

— Buñuelos de patata.

— ¿Se cubrirán las vacantes?

— Sopa dorada.

Seguía el ilustre marmitón — ya saben ustedes que ahora todos somos ilustres — dando vueltas á una tortilla que traía entre manos, cuando le dirigió la última interrogación:

— Dispénsese y con esto no le canso más. ¿Qué le parecen á usted las economías?

— Las que hago yo cuando aumento la carne y suprimo el perejil.

Fordesillas

CARTA PASTORAL

DEL EXCMO. Y RDMO. SEÑOR OBISPO DE MADRID-ALCALÁ.

(Conclusión.)



N vano, por tanto, se afanan los estadistas de Italia para cubrir y enterrar la *cuestión romana*, é inútil es que persigan al Clero y al Episcopado para que no se

ocupen de ella y quede relegada al olvido; porque á la manera que los gases alcanzan más potencia cuanto mayor presión sufren, así también la susodicha cuestión nunca conmueve más al mundo social y se presenta ante los gabinetes diplomáticos con más interés y con caracteres más graves y alarmantes que cuando los hombres que cuidan de los destinos de Italia se obstinan más en matarla y en despojarla de su carácter internacional. Si no tuviera éste, ¿por qué en el Congreso de Berlín el año 1878, mientras los representantes de las demás naciones se ocuparon en dar á éstas compensaciones, y á una adjudicaron la Bosnia y la Herzegovina, á otra la isla de Chipre, Túnez á otra, y el protectorado sobre Bulgaria á otra; por qué, decimos el representante de Italia pidió á la autoridad de aquel tribunal diplomático la ratificación de la posesión de Roma y la aprobación internacional de ese hecho consumado? Si la *cuestión romana* es un asunto interior y exclusivo de Italia, ¿á qué someterla al arbitraje y sanción de poderes extraños, y reconocer en éstos atribuciones para admitirla ó rechazarla? ¿No se confiesa claramente en esa pretensión hecha en nombre del Gobierno italiano la autoridad y competencia absoluta de Europa para resolver materia tan compleja y tan grave?

Con mayor elevación de criterio y con más imparcialidad pudo decir, y dijo con verdad, el canciller de Alemania que *el poder del Romano Pontífice por su misma naturaleza tenía un carácter universal*, y que por lo tanto el Papa *en ninguna parte es extranjero*. Jamás la situación del Pontífice ha dejado de tener ese carácter internacional y universal, y la historia nos enseña que cuando Pipino obligaba á Astolpho á restituir á la Iglesia los bienes de ésta, y Enrique IV, madurando su plan de reorganizar la Europa, constituía al Pontificado independiente en el seno de la Italia confederada, para que fuera el Papa el eje dorado sobre que girase el equilibrio del mundo, y cuando los Congresos de Viena el 1815 y de París el 1856 se ocuparon de la *cuestión romana*, no hicieron otra cosa que afirmar el derecho de los pueblos cristianos á tener garantida su fe con la independencia y libertad del Maestro intalible que ha de enseñársela, y robustecer á la vez el principio de derecho público que asiste á todas las naciones para dar solución á un punto tan cardinal, del que depende la paz de los Estados.

Si en asuntos de orden secundario se ha reconocido la necesidad de un concurso internacional para resolverlos, y se ha visto á los poderes de Europa intervenir para garantizar la neutralidad de Bélgica y de Luxemburgo, la libertad de la península de los Balkanes, la seguridad comercial del Istmo de Suez y la neutralidad de los Dardanelos, ¿podrá prescindirse de esa acción internacional cuando se trata, no de asegurar el tránsito de unos barcos y de un cargamento de mercancías, sino la libertad de las conciencias de más de doscientos cincuenta millones de seres humanos, que creen en Jesucristo y en su Representante en la tierra? ¿Puede consentirse que naciones poderosas, que cuentan entre sus leales ciudadanos millones de católicos, queden excluidas de tomar parte en una causa, en que pueden peligrar los más caros intereses de éstos, y que haya de fallarla precisamente el Gabinete que figura en ella como criminal, por secuestrador del Papa y detentador de sus legítimos dominios?

Si nada rebaja tanto la dignidad de los hombres públicos como la contradicción y la inconsecuencia consigo mismos, nadie debe considerarse más obligado que el Gobierno de Italia á deponer la opinión que sustenta, apreciando la situación del Pontificado como cuestión de su propia nacionalidad. Los diplomáticos que más se han distinguido en la política italiana en estos últimos días siempre han sentido lo contrario, para no estar en desacuerdo con el de-

recho público europeo y con los consejos de la razón serena é imparcial. Cuando el año 1871 se discutía la desventurada ley llamada de *garantías*, el honorable Minghetti vióse obligado á confesar que *era inútil disimular que la susodicha cuestión era necesariamente internacional, y que no por negarlo se evitaban los peligros que envolvía*; el Senador Cadorna, gran jurisconsulto y Presidente del Consejo de Estado, proclamaba á su vez de una manera explícita que *la necesidad absoluta de la libertad efectiva del Papa crea un derecho para todos los católicos y para sus respectivos Gobiernos*; en el mismo sentido abundaba Bonghi, y el Sr. Minghetti, luego que pasó de Embajador á Viena, escribía desde aquella Corte al Ministro de Estado de Italia diciéndole que *todos los católicos y no católicos estaban grandemente alarmados y preocupados por la libertad é independencia de la Santa Sede Apostólica, y que por lo tanto juzgaba necesario el que sobre esos puntos el Gobierno se pusiera de acuerdo con las Potencias extranjeras*; el Sr. Melegari, Ministro representante de Italia en Berna, contestó al Gobierno de su país que *el Consejo federal había tomado acta de las promesas hechas por el Rey de concertar con la diplomacia europea para asegurar la libertad del Santo Padre*; y finalmente, el Conde de Castagneto, antiguo Ministro de Estado y nombrado recientemente Decano del Senado, después de exhortar á sus colegas á que no aprueben los artículos mencionados del Código penal, por estar *inspirados del odio sectario contra una clase veneranda y benemérita, cual es el Clero*, declara, con una firmeza y claridad que le honran sobremanera, que *aquel alto Cuerpo Legislativo desde el año 1850 viene moviéndose por un camino falso, y que no contento con haber abolido el fuero eclesiástico y las seguridades dadas á la Iglesia por los reyes antepasados de la casa de Saboya, las cuales eran el fundamento y sostén de la recíproca armonía, había consumado la injusticia al votar el año 1870 la abolición del poder temporal de la Iglesia y la ocupación de la capital de Roma. Después de esos hechos, prosigue diciendo el ilustre Decano, y después de la solemne discusión sobre la ley de garantías en Florencia, á la que yo me opuse, yo no he creído que fuese lícito tomar asiento en el Parlamento de Roma, ni ejercer en él un acto de soberanía, porque, aparte de la cuestión religiosa, yo sostengo la opinión de que importa principalmente á Italia el reconciliarse con Roma y el trasladar la capital del Reino á la espléndida Florencia*¹.

Confirmase ese rectísimo juzgar de los hombres políticos de Italia con la opinión de los diplomáticos extranjeros, pues el Príncipe de Bismarck decía desde Versalles que *su Soberano se creía obligado en defensa de sus súbditos católicos á prestar su cooperación para salvar la dignidad y la independencia del Romano Pontífice*²; en igual sentido contestó el Presidente del Consejo de Austria al Representante de esta nación en Florencia; y M. Thiers decía solemnemente en la tribuna de la Asamblea francesa, que *sola la experiencia podía demostrar si con la ley de garantías sería real y verdadera la independencia del Papa, ó si sería ésta un hecho en que tuviera que intervenir más tarde Europa*.

Notorio y público es que los diez y ocho años transcurridos desde la ocupación de Roma por el ejército italiano han sido una serie continua de vejaciones, humillaciones, medidas opresivas y ofensas inferidas al Romano Pontífice, y que cada día su cautiverio ha sido más estrecho y doloroso. Desde la profanación de las cenizas de Pío IX hasta la actualidad, puede decirse con toda verdad que nuestro Santísimo Padre León XIII está custodiado por feroces leopardos, cuya propiedad es *causarle tantas más tribulaciones cuanto mayores son los benefi-*

¹ *Civiltà Cattolica*, quad. 913, pág. 115.

² Carta de 8 de Octubre de 1870.

cios que les dispensa; y si de eso pudiera haber alguna duda, basta para desvanecerla el examinar los sucesos escandalosos que el 16 y el 17 de Junio último han tenido lugar en Roma, á sabiendas y con la tolerancia del Gobierno italiano. Grandes turbas corrían por las plazas y calles de la capital del Catolicismo pidiendo, en ciegos arrebatos de odio y de venganza, *el exterminio del Clero, la muerte del Papa y la destrucción del Vaticano*; y descomponiéndose aquéllas en grupos, para obrar según los instintos y pasiones de los que tomaban parte en esas manifestaciones bárbaras, nunca vistas ni consentidas en pueblos civilizados, mientras unos gritaban que *los Sacerdotes fueran llevados á la horca ó á la Roca Tarpeya, y el Romano Pontífice con el Vaticano fueran arrojados al Tiber*, otros pronunciaban contra ellos en alta voz palabras groseras y repugnantes, procaces insultos, frases humillantes y sacrilegas blasfemias, conviniéndose todos en proclamar á la vez á *Roma intangible, la unidad italiana, la exaltación del apóstata Jordano Bruno, y la aprobación del nuevo Código criminal, para concluir con el clericalismo*.

Jamás vieron los siglos espectáculo semejante; ni puede decirse tampoco si lo que en él hay más grave es la inhumanidad y crudo paganismo de los actores ó la criminalidad de los consentidores. De todos modos, vean los poderes públicos del mundo cuáles son las garantías con que el Soberano de Italia guarda inviolable la sagrada persona del Romano Pontífice para que, saliendo de su inacción, bien por la vía diplomática ó bien por otros medios más eficaces, si ella no fuere bastante, reintegren al Papa León XIII en la soberanía temporal y los dominios pontificios, que, con inmenso daño del Catolicismo, y sólo en provecho de Italia, le fueron violentamente arrebatados contra el derecho de gentes y contra todos los principios de justicia.

La triste y dolorosa experiencia de diez y ocho años y los atentados cometidos en ese tiempo contra la Santa Sede Apostólica demuestran ostensiblemente que en Roma no puede haber dos Soberanos, que en esa incompatibilidad absoluta claman los fueros del derecho, que, cuanto antes, se haga prevalecer éste sobre la fuerza, y que, por lo tanto, la usurpación desaparezca, y se retire para que se restablezca la legitimidad. ¿Puede consentirse que, por la conveniencia de un Gobierno, que nada ó muy poco significa ante el poder y el derecho internacional de los demás Estados, continúe el Romano Pontífice siendo víctima de crueles atropellos, é inhabilitado para ejercer con independencia en bien de la humanidad las altas funciones de su Ministerio Apostólico? ¿Es justo, decente y decoroso que se deje abandonado en la esclavitud al que predica la libertad para los esclavos, y al que, como Maestro de la moral y de la justicia, cumple la trascendental misión de mediar entre las naciones discordantes para evitar la efusión de sangre, y para que en ellas no se turbe la paz ni se altere la concordia? ¿No es sobremanera cruel el tolerar y consentir que las conciencias de doscientos cincuenta millones de creyentes se vean perturbadas, oprimidas y humilladas en la burla y opresión continua que por un Gobierno despótico se infieren al esclarecido y supremo Prefecto de la Iglesia que las dirige con saludables consejos y sana doctrina?

Si en las alturas gubernamentales y en los gabinetes diplomáticos se conserva todavía el sentido de la equidad, del derecho, de la justicia y del bien común, ¿cómo no se apela á esos principios salvadores para poner remedio á un mal que afecta á innumerables ciudadanos de todos los países? Los votos de 18 millones de españoles, 37 millones de franceses, 6 de portugueses, 5 de belgas, 4

de bávaros, 2 de suizos, 28 de italianos, 14 de ingleses, 15 de alemanes, 3 de rusos, 31 de austriacos, 52 de americanos y las numerosas cristiandades que á la voz del Evangelio se han levantado vigorosamente como gigantes llenos de vida en el África, en la China, en el Japón, en el Asia, en la Oceanía y en los confines de las regiones de Oriente, ¿nada valen y nada significan ante sus Gobiernos respectivos cuando les piden protección para su fe, seguridad para su culto, y libertad para el Jefe de la Iglesia católica?

Es por demás lamentable que debiendo participar todos esos pueblos de los beneficios inmensos del Pontificado, se vea éste injustamente cohibido é inhabilitado para dispensarlos y multiplicarlos, por faltarle las condiciones de independencia y libertad, de que por derecho divino debe gozar, para hacer sentir su influencia y su acción moral en las costumbres y en las instituciones sociales. Esperamos, no obstante, que los que cuidan del bien de los Estados oirán los clamores y súplicas de la Iglesia, á fin de que, apreciando la situación intolerable y violenta en que se halla el Romano Pontífice, cerca del cual conservan aquéllos sus representantes, vuelvan por su seguridad y por su dignidad soberana, bien persuadidos de que al defender los derechos de la Sede Apostólica, consolidan y defienden también el suyo propio sobre los dominios y pueblos sujetos á su imperio y gobernación.

Entretanto, amados hijos nuestros, uniéndonos incondicionalmente á Nuestro Amantísimo y Santísimo Padre León XIII, hagamos nuestras las protestas contenidas en su *Alocución Consistorial* ya mencionada contra las disposiciones del nuevo Código penal de Italia referentes al Clero; reprobemos y condenemos éstas, como las reprueba y condena el Maestro infalible de la fe, y asociémonos al mismo tiempo á los sentimientos y manifestaciones de los Reverendos Obispos, Clero y fieles de aquella ínclita nación, digna de tener al frente de sus destinos hombres más probos, justos y temerosos de Dios que los que desde hace bastantes años cuidan allí de la cosa pública, los cuales, abusando del poder puesto en sus manos, le han ejercitado en daño de la Iglesia, y en lugar de protegerla, como era su deber, al contrario, *se han atribuido derecho que jamás pueden tener, para entrometerse y juzgar en los asuntos religiosos y eclesiásticos, lo que, á la vez que absurdo, es grandemente inicuo*¹.

También os encargamos y recomendamos encarecidamente, amados hijos nuestros, que diariamente acudáis á la oración, pidiendo en ella á Dios que sostenga con su divina gracia á nuestro Santísimo Padre en la sabiduría, celo y firmeza apostólica con que hasta ahora ha venido gobernando la Iglesia y defendiendo los sagrados derechos é intereses de la misma; que le consuele en medio de las grandes tribulaciones que le rodean; que le dé salud perfecta y largos años de vida, y que le libre de las manos de sus enemigos.

Y mientras cumplís esos deberes de amor filial, y en premio de vuestra piedad y de vuestra virtud, os deseamos la eterna bienaventuranza, os damos, como prenda de nuestra predilección, nuestra pastoral bendición. En el nombre del H Padre, del H Hijo y del H Espíritu Santo. Amén.

En nuestro Palacio Episcopal de Madrid, día de la festividad del glorioso Apóstol Santiago, Patrono de España, 25 de Julio de 1888. — CIRIACO MARÍA, Obispo de Madrid-Alcalá. — Por mandado de S. E. I. el Obispo mi señor, DR. JOSÉ BARBA FLORES, *Canónigo Secretario*.

¹ Saredo, *Derecho constit.*, vol. 3, pág. 72.

BALADA

Corrí la tierra buscando
á Dios y á Santa María:
á Él le encontré en la montaña,
y á Ella en Andalucía.

De Dios logré ver tan sólo
la tornasolada ropa
entre las nubes que velan
los altos Picos de Europa;

De María ropa y cara
en Sevilla la real,
en la imagen peregrina
de la *Virgen del Coral*.

Pincel humano no pudo
figurar cosa tan bella:
reza un libro que es retrato,
pero mi alma dice: ¡*Es Ella!*!

PEDRO DE MADRAZO.

LAS HEROINAS DE GERONA

EN EL SITIO DE 1808 Y 1809.



QUIÉN no conoce hasta en sus menores detalles aquella sangrienta epopeya, llamada en la *Historia de España* Guerra de la Independencia? Lucha espantosa que conmovió ciudades y aldeas, ofreciendo en todas partes acciones de verdadero arrojo, de la más acrisolada fe y del más grande y puro amor á la patria.

Gerona fué una de las ciudades que sirvió de palenque en tan formidables combates. Este pueblo en que viejos encanecidos, Sacerdotes, padres de familia, jóvenes, débiles mujeres, y aun tiernos niños, se levantaron como un solo hombre movidos por el entusiasmo, por el anhelo de salvar el honor nacional.

Espectáculo que debía causar la admiración del mundo al ver un pequeño pueblo frente á frente del coloso del siglo; de aquel Napoleón I, que de la Francia había hecho su pedestal; de la Iglesia de San Dionisio su tumba, y de la Italia el reino de su hijo. Pues con ese caudillo de todas las naciones, que conquistaba el mundo palmo á palmo, tuvo que luchar Gerona, plaza fuerte, pero desmantelada é inservible por hallarse desmontada la artillería; con una guarnición de 300 soldados, con un vecindario que apenas podía proporcionar 1.500 hombres útiles para el servicio de las armas: ese pueblo, enclavado en un rincón de España y cercano á la frontera francesa, situado precisamente en el punto más á propósito para la entrada de las tropas enemigas ¿era prudente que se sublevase contra el poder, avasallador de Francia, cuando no contaba ni con una tercera parte de la gente para servicio diario de las fortificaciones, aun suponiendo que los paisanos se aprestasen á ello? Así fué: los gerundenses lo despreciaron todo; el ejemplo de las demás provincias y otras causas, decidieron el levantamiento de Gerona.

El general Álvarez de Castro es la figura que más descuella en este memorable sitio, pero sin ofuscar la inmensa gloria de los gerundenses que le secundaron mucho más de lo que había deseado; á pesar de hallarse indefensos, su grito de independencia arrastró á los demás pueblos de la comarca; supieron organizarse civil y militarmente cuando la nación carecía de todo gobierno; lograron reparar con escasos recursos los muros y fortalezas de las plazas; y por último, rechazar valientemente dos distintos sitios, que les puso con todos los elementos necesarios de guerra, el general Duchesne.

El papel más interesante en esa epopeya fué el que representaron las mujeres gerundenses; aquella glo-



riosa compañía de Santa Bárbara, cuyo valor, resistencia y abnegación inmortalizó á 200. El general enemigo Saint-Cyr, contemplando lleno de admiración desde su campamento á estas valerosas mujeres cuando con insuperable serenidad recorrían las murallas, ondeando al aire las cintas que llevaban, exclamó: «¿Qué motivo de emulación para los hombres que forman la guarnición de la plaza! ¿Podrán ellos quedar atrás de estas heroínas del patriotismo? ¿Podrán ceder en valor á las mujeres?»¹ y añade Cuchet, autor de la historia del *Sitio de Gerona*: «En efecto; cualquiera comprendería fácilmente la admiración que espectáculo tal había de causar á un eminente capitán que á tantas batallas asistió sin imaginar nada semejante. Era realmente cosa de producir impresión, ver con sus habituales adornos á criaturas por excelencia delicadas, que así mostraban aquellos corazones de leonas»².

Ni crea nadie que estos sean relatos imaginarios; la compañía de Santa Bárbara, dividida en cuatro escuadras y compuesta de hijas de Gerona y de otros puntos de Cataluña, tiene sellado el diploma de su heroísmo por autoridades tan competentes como el jefe del ejército sitiador, el mismo Saint-Cyr. Muchas veces nuestro invicto Alvarez de Castro, gobernador y defensor de la plaza, contemplaba enternecido la soltura y desembarazo con que en medio del fuego corrían nuestras paisanas de una parte á otra, suministrando á los defensores provisiones de boca y guerra, ofreciendo premiar á aquellas amazonas que se distinguieran y en lo sucesivo lo hicieron en proporción al mérito de sus acciones. A este fin se publicó el siguiente documento que hace el mejor elogio de nuestras valientes heroínas:

D. Mariano Alvarez de Castro, etc., etc.

«Habiendo entendido el Excmo. Sr. Marqués de Compigny, General del ejército de Cataluña, el espíritu, valor y patriotismo de las señoras mujeres gerundenses, que en todas épocas han acreditado, y muy particularmente en los sitios que ha sufrido esta ciudad y en el riguroso que actualmente le ha puesto el enemigo: deseando hacer público su heroísmo y que con más acierto y bien general dediquen y empleen su bizarría en todo aquello que pueda ser de beneficio común á la patria, y muy particularmente de los nobles guerreros defensores de ella, y que á su tiempo tenga noticia circunstanciada S. M. del inaudito valor y entusiasmo de las señoras mujeres gerundenses, para recompensar con distinciones sus méritos y servicios, premiarlas con un distintivo honorífico y de mérito, hacerlas dotar para que contraigan su alianza de matrimonio decente y sin el menor deshonor de las familias, y eternizar los dignos nombres de tales heroínas: ha venido S. E. con orden del 22 del actual en disponer y mandar que se forme una compañía de 200 mujeres sin distinción de clases, jóvenes y robustas y de espíritu varonil para que sean empleadas en socorro y asistencia de los soldados y gente armada, que en acción de guerra tuvieren la desgracia de ser heridos, llevarles á sus respectivos puestos todo cuanto sea necesario de municiones de boca y guerra, á fin de que por este medio no se disminuyan las fuerzas de los guerreros que se oponen al enemigo, previniendo que se nombren á tres de dichas señoras mujeres para comandantas de la expresada compañía con el título de primera, segunda y tercera comandanta, para distribuir las órdenes á los puestos y puntos donde deben acudir, comisionando para la organización de la compañía á los señores D. Baudilio Farró y D. Juan Pérez-Clarés: He resuelto que se haga pública esta disposición de S. E. por medio de edictos, á fin de que inteligen-

ciado el bello sexo del aprecio que merece á S. E., puedan presentarse ante dichos señores comisionados que se hallarán en la Sala Capitular del muy ilustre Ayuntamiento, á dar sus nombres y alistarse en la mencionada nueva compañía; en inteligencia, que en llegando su número á ciento, se convocarán para elegir ellas mismas las que consideren más á propósito para regir y gobernar la compañía. Y me prometo de su acendrado patriotismo, que sin perder instante acudirán á porfía las señoras mujeres aptas para dichos servicios, á alistarse para que desde luego puedan entrar en el desempeño de tan glorioso servicio, asegurándolas que no omitiré recomendar sus méritos á S. E., para que los eleve á S. M. con el fin de dispensarles las mercedes y gracias á que se hayan hecho acreedoras por tales servicios.» — Gerona 28 Junio de 1809.

Dignas son también de citarse las siguientes líneas escritas por uno de los historiadores más caracterizados. «Para que conste con más claridad que el heroísmo de este asombroso pueblo era común á ambos sexos, no quiero pasar en silencio el hecho heroico que lo confirma grandemente. «María María y Vila, mujer de un cabo de rentas que se hallaba herido en la cama, al oír de noche el toque de generala, se armó con el fusil y canana de su marido, y dejándole en el lecho, se dirigió á los baluartes del Mercadal, hacia donde oía el tiroteo de los enemigos. Iba presurosa y determinada, pasando por el puente de San Francisco de Asís. Los artilleros que estaban allí de guardia y para el servicio de los dos cañones de á 4, sentados sobre sus estribos, le dijeron que se volviera á su casa y fuese á cuidar de su marido. Respondió la intrépida mujer en idioma catalán y empuñando el fusil que llevaba al hombro: «cuando tocan á generala mi marido es éste y debo vengar la sangre que le han hecho derramar estos malditos gabachos.» Siguió resuelta y denodada su camino hacia el baluarte de San Francisco de Paula, cuyo comandante, teniendo en consideración la debilidad del sexo, no la permitió la entrada, dejando con esto quejosa y descontenta la noble pasión que la impelía á la justa venganza»¹.

Los eruditos pueden disertar cuanto quieran sobre la existencia real ó fabulosa de amazonas antiguas, combatiendo regimentadas con las armas en la mano y con bravura varonil; pero nadie podrá jamás negar á Gerona la gloria de haber tenido en sus hijas, y en pleno siglo XIX, amazonas verdaderas, formando un cuerpo disciplinado para ayudar en el combate á sus hermanos, parientes y amigos, en los momentos de mayor peligro, cuando las balas de todos calibres los diezmaban cruelmente.

«Bellas son, sin duda alguna, y hasta embriagadoras, las pinturas que de imaginarias heroínas resaltan en inmortales poemas, pero más bellas son aún que las Camilas de Virgilio, por ejemplo, y las guerreras del Tasso y del Ariosto nuestras catalanas del gran sitio de Gerona, tipos eternos y reales del heroísmo caritativo, á la vez que patriótico.»

NARCISA MASSAGUER Y FEBRER.

Gerona Agosto 1888.

EN GALICIA

¡Bien haya este hermoso suelo
que admiro por vez primera!
¿Dónde sus valles profundos,
sus montañas gigantescas,
sus costas y alegres rías
y sus lozanas praderas,
cuyo verdor es eterno,

cuya hermosura es perpetua?
Al recorrer esos campos
que el sereno Miño riega,
¡cuánto histórico suceso,
cuántas glorias y leyendas
circundadas de ese aroma
con que el tiempo las conserva,
en mi memoria de nuevo
á su vista se despiertan!
Al detener ya mi paso
en las galáicas riberas,
ante ese Océano inmenso,
oigo con alma suspensa
el rugido de sus olas
que atropellándose llegan
á lanzar sobre el peñasco
la espuma de su soberbia,
y á la vez así contemplo,
absorto á tanta grandeza,
las maravillas que Dios
puso en la mar y en la tierra.
Admiro aquí las costumbres
que dan carácter y muestran
el espíritu de un pueblo
y su ser y su existencia,
que son el reflejo vivo
de su cultura y nobleza,
en nuestra edad desmintiendo
preocupaciones añejas.
Constante amor al trabajo,
sobriedad y fe sincera
enaltecen á los hijos
de comarcas tan extensas;
varones de ilustres hechos,
de valor, virtud y ciencia,
en digno concurso siempre
á la patria han dado ellas,
y partícipes han sido
de sus gloriosas empresas.
¡La fe cristiana! ¡Cuán pura
es recibida en herencia
por los que siempre la asocian
á sus goces y á sus penas,
á sus sencillos placeres,
sus regocijos y fiestas!
Admírola en tal momento
en los que al riesgo se entregan
de un mar proceloso y tienen
en la Madre de Dios puesta
su confianza y piadosos
y espléndidos la demuestran,
su gratitud ofreciendo
á Patrona tan excelsa.
¡Bien hayan, pues, las virtudes
de las comarcas gallegas!
El trabajo, la honradez,
puras fuentes de riqueza,
en todas viven, y al pueblo
que atesora tales prendas,
siguiendo el progreso honrado,
el que al bien seguro lleva,
feliz porvenir auguran,
y lo auguran con certeza
á la región que del cielo
es en verdad predilecta,
porque pródigo sus dones
el cielo ha vertido en ella.
Del corazón, en los labios
oid la expresión sincera:
Al regresar á mis lares,
llevaré en el alma impresa
la gratísima memoria
de comarca tan amena,
y serán siempre mis votos
por sus mayores grandezas.

ANGEL LASSO DE LA VEGA.

Bayona de Galicia Agosto de 1888.

¹ Palabras textuales de Saint-Cyr, *Diario de operaciones*, núm. 287.
² Luis Cuchet, *Historia del Sitio de Gerona*.

¹ Cúndaro, *Historia político-crítica-militar de la plaza de Gerona*, capítulo XX.

SIETE DÍAS EN UN OASIS

Al Director de *El Diario de Barcelona* escriben lo siguiente:

«No hay en el mundo clima como el del Cairo durante los meses de Noviembre á Marzo. Cuando en otros lugares de la tierra se tira más ó menos y se lucha con la molestia de las nieblas, los huracanes, las nieves, los hielos y las lluvias, aquí se goza de un sol espléndido, de un ambiente tibio y agradable, de una vegetación verde y lozana que convida á las excursiones, al movimiento y á estar fuera de casa.

» Así es que en ese período del año se llenan los hoteles de la capital de Egipto con numerosos viajeros procedentes de todas las partes del Universo y particularmente de Inglaterra y Norte-América.

» Después de visitar las curiosidades que encierra la antigua residencia de los Califas, la mayoría de estos excursionistas emprenden por el Nilo, en los vapores de la Compañía Cook, su viaje al alto Egipto para contemplar los restos de los monumentos allí descubiertos que indican el grado de portentosa civilización, de riqueza y poderío que alcanzaron los egipcios en los pasados siglos.

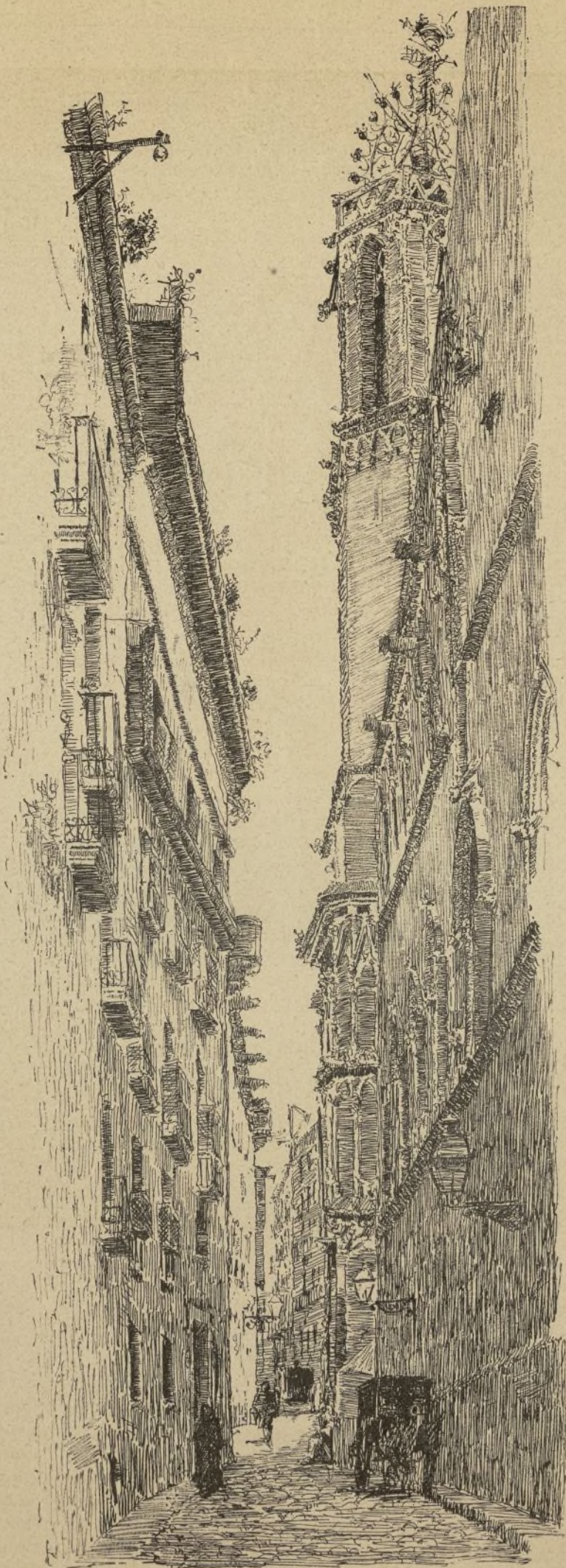
» Cuantos realizan semejante viaje vuelven de él encantados, dando por bien empleados los 1.500 francos que cuesta efectuarlo en los veintidós días de su duración; aunque también puede llevarse á cabo con más economía, partiendo por el ferrocarril desde el Cairo á Assiut y después en los buques-correos hasta Assuan.

» Pocos ó ninguno de estos viajeros se arriesgan á penetrar en el desierto y regresan al Cairo sin saber lo que es un verdadero oasis. Más afortunado el que estas líneas escribe, ha pasado siete días en uno de ellos, gracias á la circunstancia especialísima que trataré de referir.

» Con posterioridad á la insurrección de Arabi, se hicieron muchas prisiones de personas en quienes recaían sospechas de complicidad con aquél, en los sucesos que tan funestos resultados trajeron para el Egipto. Una de esas personas fué el jefe de una tribu importante de beduinos, pobladores de uno de los oasis más bellos del suelo egipcio.

» Encerrado en lóbrega cárcel, tuve la suerte de probar su inocencia y de obtener su libertad, y desde entonces el buen hombre, lleno de agradecimiento, me perseguía asiduamente para conseguir de mí le acompañase á su residencia patriarcal. Realizó al fin su deseo, y después de un viaje bastante largo y nada agradable, avistamos en medio de una planicie de arena inmensurable, un bosque de palmeras y prados abundantes, en donde pastaban camellos, bueyes, caballos y cabras.

— «Ya estais en vuestras posesiones» me dijo el jefe beduino, y á seguida de estas palabras se produjo de repente un nutrido tiroteo, viéndonos rodeados



CALLE DE LOS CONDES, EN BARCELONA.

DIBUJO DE CASANOVAS.

por multitud de beduinos que nos aclamaban con la pólvora de sus espingardas y sus gritos y exclamaciones de alegría. Al bajar de los caballos, nos llevaron literalmente, en andas al pie de unas lujosas tiendas de campaña que constituían la vivienda del jefe de la tribu. Asombrado me quedé al entrar en aquellas habitaciones ambulantes, pues nada faltaba en ellas para el regalo de la vida; ricos tapices, camas, armarios, toilettes, mesas, sillería, servicio de porcelana y cristalería, etc.

» Todo esto se ha traído del Cairo para tu recreo, me repitió el jefe beduino, y todavía te sorprenderás de otras cosas.» La comida fué inmediatamente presentada con esplendidez y limpieza, sirviéndonos jóvenes y agraciadas beduinas vestidas con túnicas blancas como la nieve, sujetas á la cintura con un simple cordel, las cuales, al terminar los postres, se hincaron de rodillas ante nosotros con grandes jarros y jofainas, para lavarnos las manos. Nada más pintoresco y original que semejante cuadro, completado con la presencia de los padres de las mencionadas jóvenes, revestidos con sus mejores ropas y armaduras, que ingresaron en la tienda para ofrecernos el café y los licores, como queriendo demostrarnos de esta manera que ellos también se honraban con ser nuestros esclavos.

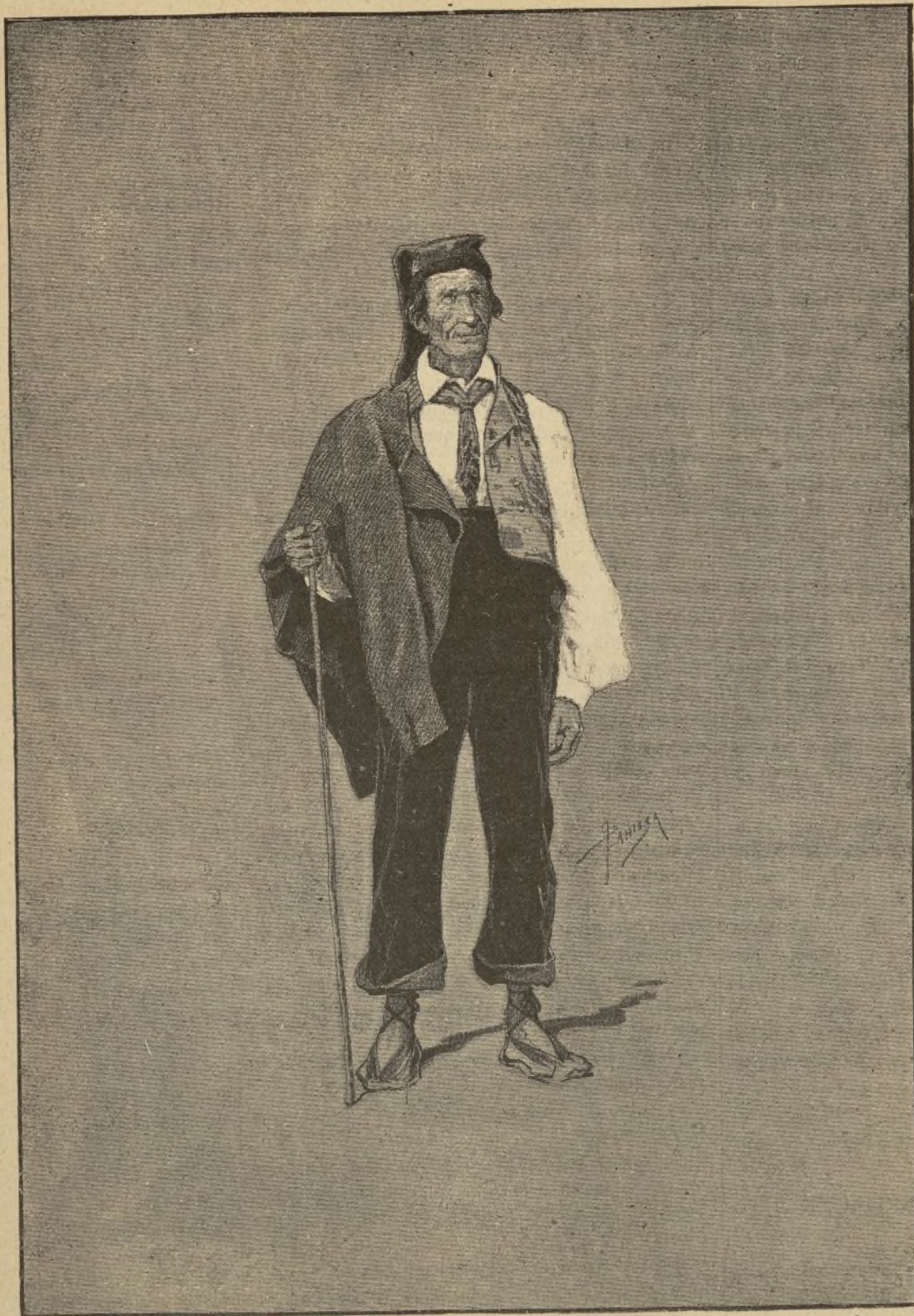
» Inútil me parece advertir que los beduinos no ignoraban todo lo que su jefe me debía.

» De pronto, y en el momento en que éste me invitaba á descansar sobre una de las mullidas camas, oí que desde la tienda inmediata á la en que nos hallábamos, ejecutaban con gran maestría la Marcha Real de España en un piano de admirables y afinadas voces. Parecióme salir de un sueño ó ser víctima de alguna mixtificación, y en mi fisonomía debió pintarse tan inmenso asombro, que el jefe beduino se arrojó á mis brazos y balbuceó: — «Este es mi secreto; para revelártelo te he conducido á mi oasis, y el mayor testimonio que pudiera darte de mi reconocimiento es lo que vas á ver.»

» Apenas pronunciadas estas frases, exhibióse ante nosotros la mujer más bella, elegante y graciosa de cuantas he conocido, y abrazando al jefe beduino, empezó á derramar lágrimas de ternura. — «Usted me lo ha devuelto, caballero, prorrumpió con voz dulcísima dirigiéndose á mí y hablando en castellano con dejo andaluz. Sí, usted me lo ha devuelto y él decidirá de mi suerte; en el entretanto permítame que en señal de agradecimiento me postre á sus pies.» Faltóme tiempo para levantar de su humillante posición á aquella admirable criatura, en la que mis ojos se fijaban cada vez más atónitos, sin acertar á darme cuenta de su portentosa é inesperada aparición.

«Yo ardía en deseos de obtener una explicación de suceso tan imprevisto como raro y extraordinario en el interior de un desierto de ilimitados hori-

TIPO CATALÁN, POR JOSÉ PAHISA.



¿QUÉ HEM DE FER? ¿VENEN Ó NO VENEN Á VEURE L'EXPOSICIÓ?

zontes, pero el malicioso jefe beduino y ella misma, denotaban complacerse en la continuación de uno de esos episodios á que con dificultad llega realmente el arte dramático.

—« Cuéntanos, cuenta la historia », exclamó al fin el jefe beduino, — « Yo me llamo Esthel; nací en Gibraltar, de padres israelitas, que se dedicaban al comercio en aquella población. Hasta la edad de 18 años estuve constantemente, y sin salir casi nunca, en un colegio, en donde recibí una educación distinguida; pero á poco de sacarme de este establecimiento, perdí uno tras otro á los autores de mis días, quedándome sola y abandonada en el mundo. Encon-

trándome huérfana, sin fortuna ni parientes, me recogió por caridad un médico inglés que había asistido á mis padres en su enfermedad; con él y su esposa me vine á Egipto, no tardando tampoco en perder el apoyo de estos bienhechores, que fallecieron á poco de su llegada á este país. Hablando el árabe correctamente por ser el idioma de mis padres, súbditos de Marruecos, conocí en el Cairo á Beni-Suef (el nombre del jefe beduino), el cual compadecido y respetando mi desgracia me propuso conducirme á su oasis. Un presentimiento me decía que este hombre se hallaba dotado de nobles sentimientos y de elevación de carácter, y ciegamente le seguí. La

inspiración no me engañó, en efecto, porque desde que me encuentro á su lado, me ha colmado de atenciones respetuosas y como veréis por el lujo relativo de que me ha rodeado, nada faltaría á mi felicidad, á no estar completamente privada del trato de las gentes civilizadas entre las que transcurrieron mis primeros años. En las diferentes ausencias del oasis del jefe beduino Beni-Suef, he sido cuidada con igual esmero que si él hubiera estado presente, porque sabido es que bajo el techo del beduino la hospitalidad es sagrada. Pura salí del colegio en que fui educada, pura de mis relaciones con el caballeroso médico inglés que me trajo al Cairo, y

pura, por último, estoy á la hora en que os hablo. Mi ambición, mi supremo anhelo sería, sin embargo, volver al centro de la civilización en que nací, para procurarme los medios de subsistencia á fuerza de trabajo, porque merced á lo que he aprendido, puedo dedicarme á dar lecciones de música ó de las diversas lenguas que poseo."

"La deidad que así acababa de expresarse dirigió sus radiosos ojos hacia el Jefe beduíno, que al parecer había adivinado el precedente relato, y cogiendo de la mano á Esthel, y acercándola á mí me dijo:

"Si la quieres, tómalas, pues para tí la he buscado y para tí la he traído á este desierto, respetándola como un padre á su hija. Es un tesoro, el tesoro que te tenía reservado en pago de la libertad que te debo.

"Acepto tu oferta con indecible placer — respondí á Beni-Suef — pero ¿y el consentimiento de Esthel?

"Ésta entonces replicó:

"Señor, no os conozco más que por lo que he oído á Beni-Suef; pero basta vuestro proceder generoso con él, para que yo os juzgue como á un hombre leal y bueno. Si queréis protegerme y encargarme de mi porvenir, permitidme os exponga: 1.º que educada en medio de elementos cristianos, mi vehemente deseo es abandonar la religión de mis padres, convirtiéndome á la católica, y 2.º que tan luego como lleguemos al Cairo me procuréis la entrada en una de las Corporaciones religiosas de señoras que allí existen, para dedicarme á la enseñanza y ganarme la vida sin seros gravosa. A estas dos condiciones acogeré con gusto y gratitud vuestra protección y os seguiré confiada en la nobleza de vuestra alma y en mi propia dignidad, como seguí á mis dos anteriores protectores.

"Convenido por mi parte, Beni-Suef nos rogó le procurásemos el placer de acompañarle aún algunos días, y al finalizar la semana nos condujo él mismo con buena escolta á orillas del Nilo, en donde nos embarcamos con dirección al Cairo, á cuyo punto arribamos con toda felicidad y sin que yo haya podido persuadirme todavía de la realidad de tan peregrina aventura.

"La hechicera Esthel ha sido admitida en uno de los colegios dirigidos por religiosas católicas en esta ciudad.

N. A."

Cairo 12 de Agosto de 1888.

EL FONDO DEL PLACER

Harto ya niño inocente
de contemplar una rosa,
la acaricié con el dedo,
escondiéndole en sus hojas.

Y una abeja, que en el cáliz
de aquella flor miel libaba,
le picó en el dedo al niño
al sentirse molestada.

¡Plácele al dolor de flores
rodearse en su sepulcro,
que del placer en el fondo
el dolor se encuentra oculto.

M. POLO Y PEYROLÓN.

UN MATRIMONIO Á LA MODA

I



En cierta capital de provincia, cuyo nombre no importa consignar, vivía Augusto Santoyo, joven de bellas prendas físicas y morales, de distinguida, aunque no

holgada familia, de la cual apenas si quedaba en su ciudad natal otro individuo que su madre. Dicha ciudad contaba con un lucido claustro universitario, ante el cual acababa Augusto de tomar la investidura de licenciado en leyes, habiendo simultaneado el estudio del Derecho con honestas y amorosas relaciones habidas con Matilde, doncella de su clase y de sus prendas, á quien solicitara unirse en matrimonio después de terminada la carrera, con objeto de dar á un tiempo á los amigos y conocidos parte de boda y de apertura de bufete.

Una tarde, al correr los primeros días de otoño, se hallaban reunidos en casa de Santoyo nuestro joven, Doña Engracia, madre de éste, y D. Fernando, el padre de Matilde, discutiendo los tres sobre el modo y tiempo de realizar el proyectado enlace. De repente dijo D. Fernando:

"Tú, Augusto, acabas de cumplir veintidós años; Matilde tiene diez y nueve, y una vez que nadie os corre, se me ocurre una idea que podrías llevar á feliz término.

"Sabe usted, D. Fernando, á quien respeto como á mi segundo padre, que sus menores indicaciones son órdenes para mí.

"Pues bien; ¿por qué, en lugar de casarte ahora, no aplazas la boda por un año, y vas á Madrid á doctorarte...? Aún no ha espirado Septiembre; marchando pronto, llegarías antes de cerrarse la matrícula. Ya sé, y me complazco en reconocerlo, que en pro de tus futuros clientes para nada necesitas la borla de doctor; pero, hijo mío, el vulgo, que es numeroso, se paga mucho de los títulos, y hay que darle gusto. Tú tienes algo por tu casa, Matilde tiene algo por la suya; no obstante, esos dos algo no suman lo suficiente para el día de mañana, siendo poca toda precaución cuando se trata de fundar familia. La ejecución de mi consejo ofrecería, aparte de esto, la doble ventaja de proporcionarte ocho ó nueve meses de práctica forense en el bufete de un abogado célebre, á quien yo te recomendaría, y de introducirte en plena sociedad, donde, sin grande esfuerzo, aprenderías á leer en el siempre provechoso libro de la experiencia.

Augusto permaneció entre contrariado y silencio, meditando el sensato discurso de su futuro suegro, y al fin dijo:

"Por mi parte, si usted lo exige, y Matilde y mamá quieren....

"¿Qué dice usted á eso, señora? — preguntó D. Fernando.

"Digo — respondió Doña Engracia — que eso es un sacrificio para los chicos y también para nosotros. En cuanto á mí, hágase la voluntad de Dios.

"El sacrificio, señora, enaltece siempre á quien lo practica — repuso el noble padre. — Augusto, ya lo ves, tu madre no quiere contrariarte en esa parte; por lo que toca á Matilde, es mi hija, y yo me encargo de hacerla entrar en razón.

"Pero....

"Sé lo que me vas á decir. Tranquilízate; Matilde, yo te lo juro, no será de otro mientras vivas tú. A su lado, vigilaré constantemente, haré tus veces, y te la devolveré mejor aún que la dejaste.

"Gracias, padre mío, gracias — murmuró Augusto conmovido.

Dos días después, no sin dolor de todos, no sin tácita rebeldía de dos amantes corazones, Augusto abandonaba por el bullicio de la corte su tranquila ciudad natal. Al despedirle, su madre le dijo entre beso y beso:

"No olvides mi carta para los Condes del Zarzal, nuestros parientes; ella es el billete que ha de introducirte en el gran mundo.

Matilde no hacía más que llorar. Por lo que toca á D. Fernando, apenas hubo partido Augusto, se contentó con mascullar estas palabras:

"Si á la vuelta la quiere tanto como á la ida, sin temor podré entregársela.

II

El primer cuidado de Augusto, al llegar á Madrid, fué telegrafiar á su madre y á su novia; después se instaló en una casa para viajeros, donde se comía bien y no se estaba mal por siete pesetas diarias; en seguida fué á la Universidad Central á matricularse en las asignaturas que constituyen el doctorado, y finalmente, hizo una visita á D. Nicanor, una potencia del foro y de la política, que había sido Ministro con todos los gobiernos, que era Diputado siempre, y á cuyo bufete atribuía la opinión 15.000 duros de producto anual. Este personaje recibió á nuestro joven con la mayor afabilidad y después de leer la carta que para él llevaba Augusto, dijo así:

"Ya comprendo; usted viene á doctorarse y á soltarse; bueno es eso. ¿Cómo he de negar yo nada á Fernandito, mi antiguo condiscípulo y compañero de diputación? ¡No faltaba más! La juventud actual es activa, inteligente, y torpeza insigne fuera echar en saco roto tales prendas. Dése usted una vuelta mañana ó pasado, de once á una, y yo le pondré al corriente. Valor, joven, valor, no hay que desanimarse; andando el tiempo le haremos Diputado, y quién sabe si dentro de un plazo no muy largo, será usted mi compañero de Gabinete en alguna futura combinación ministerial.

Augusto se retiró sumamente complacido, y á los pocos días, sin descuidar los estudios, ingresaba en calidad de pasante de abogado en el bufete de Don Nicanor. Allí vió que éste, á quien la política ocupaba en gran manera, apenas asistía á su despacho, cuyo peso caía al parecer sobre los hombros de un letrado sustituto ó socio, que no solía descuidarse en lo de cargar la mano á los clientes. Los de más cuenta, con todo, no le eran entregados sino tras previa y secreta conferencia, celebrada con D. Nicanor en un inmediato salóncito. Allí vió también nuestro joven que, más ó menos procedentes del mundo político, llovían litigios y litigantes, consultas y negocios, y sobre todo, el oro en abundancia; vió, en fin, un cúmulo de injusticias, chanchullos, iniquidades, hasta canalladas, que le dejaron con un palmo de narices, pero de cuya perfecta legalidad no cabía la menor duda. «Si esto es soltarse, escribía un día á D. Fernando, confieso ingenuamente que nunca saldré de mis casillas.»

Cierta mañana, revolviendo Augusto sus papeles, tropezó con la carta de Doña Engracia para los Condes del Zarzal.

"Necio de mí — se dijo — que olvidaba el encargo de mamá... Bien mirado, los Condes del Zarzal son nuestros parientes lejanos; no los conocemos sino por cartas; ¿qué me importa á mí esa familia? Sin embargo, mamá me recomendó mucho esa visita, y no debo disgustarla; no, el hijo que disgusta á su madre es un malvado. Iré hoy, hoy mismo, en saliendo de clase.

Aquella misma tarde, después de las dos, Augusto se vistió con aliño; calzóse los guantes y el sombrero, y salió con dirección á la morada de los Condes. La casa, situada en punto *comm'il-faut*, era de las más elegantes de Madrid. El portal medía la altura de dos pisos; el umbral, ancho y partido en tres, revelaba que el coche era en aquella mansión un elemento indispensable. Santoyo, tras un momento de vacilación al ver tanta apariencia, empujó una alta puerta de cristales de colores, y ya iba á subir la espaciosa escalera con pasamano de mármol y baranda de balaustres, cuando un portero como un gastador, metido en una librea galoneada de oro, le salió al encuentro:

"¿Por quién pregunta usted?

"Por los Condes del Zarzal.

— El Sr. Conde no está en casa.
— ¿Y la Sra. Condesa?
— Estará descansando todavía.
— ¡Todavía, y son las dos! — pensó Augusto, estupefacto. — ¿A qué hora podré verles?
— A la hora de comer; es decir, no sé si hoy comen en casa; mejor será que vuelva usted mañana.

— Perfectamente, gracias.
El joven se alejó, preguntándose:
— ¿Y para eso me he vestido? ¿Para hablar con un portero?

El día siguiente, dos horas más tarde, volvió como quien dice á la carga. En el portal había un magnífico landó, y á él enganchado un poderoso tronco de caballos tordos.

— ¿Los Condes del Zarzal?
— Puede usted subir.

Verificólo, en efecto, y en el principal, después de oprimir un botón que hizo sonar un timbre grueso, se abrió la puerta y apareció un lacayo de gran librea. Repetida por Augusto la pregunta de rúbrica, respondió el sirviente:

— Pase usted.
En seguida le introdujo en un salón espléndidamente decorado, añadiendo:

— Tome usted asiento. ¿A quién anuncio?
Santoyo entregó al lacayo una tarjeta, y éste desapareció tras una mampara. Poco después sonó sobre la alfombra el roce de un vestido de raso, y entró una mujer elegantemente vestida. Frisaría en los cuarenta años, era rubia y parecía hallarse en toda la plenitud de su hermosura; no sin razón se titulaba Condesa del Zarzal, pues sus ojos eran negros, brillantes y redondos como la mora. No obstante, mirándola bien, se dudaba un poco del carmín de sus mejillas, del oro de sus rizos, y algunas arrugas indiscretas en torno de los párpados eran mudas deladoras de la edad. A Santoyo, que la observaba, la Condesa le recordó una hermosa puesta de sol con su cortejo de arboles.

— Siento — se apresuró á decir el joven — molestar á usted, Condesa; pero esta carta de mi madre....

— Sí, ya tenía noticia de la llegada de usted — respondió ella, tomando y leyendo de una ojeada la carta que le tendía Augusto. — Creo que estuvo usted ayer, al menos, según me dijo el portero.... Yo acababa de levantarme y de entrar en el tocador; el baile de la Duquesa.... En Madrid no tenemos tiempo para nada. ¿Y Engracia, cómo está?

— Buena, aunque con el sentimiento de no conocer á usted personalmente.

— Cierzo; somos parientas, aunque lejanas, y no nos hemos visto nunca. ¡Jesús, qué mundo este! Ni sabe una la sangre que circula por sus venas. Y usted ha venido....

— A doctorarme.
— Ah, sí.... ¡qué distraída estoy! lo dice la carta.
Hubo un momento de pausa tras el cual preguntó Augusto:

— ¿Y el Sr. Conde? Me alegraría saludarle.
— Siento no poder satisfacer ese deseo. Acaba de levantarse y de salir sin almorzar. Otro día le verá usted.

La conversación continuó en el mismo tono hasta que el joven, temiendo ser molesto, se levantó para despedirse.

— ¿Se va usted?
— Sí, señora, tengo que hacer y, como usted ha dicho muy bien, en Madrid no hay tiempo para nada.

— ¡Oh! no vaya usted á creer por eso.... Es verdad que hoy me veo en la precisión de hacer algunas visitas, de dar una vuelta por el Retiro, dos por la Castellana y vestirme luego para el Real. A pesar de ello....

— Volveré otro día, esta es visita de introducción, — dijo cortésmente Augusto.

— Como usted quiera. Esta casa es muy de usted y usted es de la familia; siempre será bien recibido. Véngase á comer los jueves, ese día nós quedamos en casa; los lunes, día de moda, tenemos palco en el Español; las funciones del turno primero impar, hoy precisamente, platea en el Real. Vaya usted por allá, no nos olvide.

— Muchas gracias, Condesa; tanto gusto.... estoy á los pies de usted.
— Hasta la vista.

Augusto regresó á su casa, y al tiempo de regresar, iba pensando:

— Muy guapa y muy amable es la parienta de mamá; pero ¡qué se yo! no me gustaría así Matilde.

El segundo jueves después de esta visita, se creyó obligado á ir á comer con los Condes del Zarzal, y así lo hizo. La Condesa aquel día comía sola con sus íntimos.

— ¿Y el Sr. Conde? — preguntó Augusto.
— Nos ha rogado que le dispensemos esta noche. Acaban de llamarle á palacio, no se qué le querrán.

La comida fué exquisita y la conversación muy animada. Después del café, empezaron á llenarse los salones de personajes de ambos sexos, hermosas damas, títulos, banqueros, altos empleados, políticos de cuenta, entre los cuales figuraba D. Nicanor. Todos preguntaban por el Conde, sin que nadie se preocupase de su ausencia. Santoyo fué presentado á todos por la Condesa, con lo cual quedó introducido en lo más *chic* y lo más *pschuff* de nuestra *crème*. Unos se pusieron á jugar al tresillo, otros al *baccarat*, otros á rascar el piano y á bailotear por el salón de raso; los más graves conversaron de política y negocios; no pocos, formando corro, inauguraron un brillante chisporroteo de cuentos, algo subidos de color, hasta que esgrimiendo á una la tijera, acabaron por no dejar hueso sano ni aún á algunos de los que se hallaban en los salones.

La reunión terminó cerca de las dos, y cuando Santoyo, al retirarse de los últimos, se despidió de la Condesa, el Conde no había parecido.

Algunos días después, como Augusto oyese á D. Nicanor que su parienta estaba acatarrada, quiso ir á informarse del catarro. Un criado, fuese distracción, fuese que hubiera rendido culto á Baco, cometió la torpeza de introducir al joven sin anunciarle, y Santoyo se encontró á la Condesa departiendo muy familiarmente con un guapo mozo.

— Sr. Conde.... — empezó á decir después de saludarla.

— El doctor Andieta, — interrumpió vivamente la Condesa, presentando á su acompañante.

Augusto notó que aquel doctor se ruborizaba y que subían de punto los arboles del sol poniente. Ella, sin embargo, con exquisita distinción, con discreta habilidad, supo despedir primero al médico, luego á Santoyo, diciéndole:

— Ya estoy mejor de mi catarro. Vaya usted al Real mañana, nos toca el turno.

— Eso es un rompe-cabezas; ¿dónde está el Conde? — pensaba Augusto al tiempo de salir.

El día siguiente fué al teatro, y en lugar de ver al Conde, se encontró con el doctor al paño. La Condesa retuvo á Santoyo en el palco hasta el final, y como el doctor fuese á ofrecerle el brazo para acompañarla al coche, ella, tomando el de Augusto, se sonrió graciosamente y dijo:

— Perdone usted, doctor, hoy Justiniano vence á Hipócrates.

Una tarde, estando Augusto en el camino, entró por curiosidad en la sala del crimen, donde pudo ver que la fortuna se había pronunciado en pro de un caballero alto y grueso, con lentes y patillas.

Era tal la suerte de éste, que el banquero se levantó refunfuñando:

— Otro talla.
— Bien por el del Zarzal, — dijeron todos, mirando al ganancioso.

— Ya pareció el peine, es decir, el Conde, — observó Augusto, mirándole también.

No quiso molestarle en tal momento; pero aquella misma tarde, en la sala de conversación, le dijo:

— Perdone usted, caballero, según tengo entendido, estoy hablando con el Sr. Conde del Zarzal.

— El mismo que viste y calza.

— Yo soy Augusto Santoyo, servidor de usted, y....

— ¡Ay! ¡Qué cabeza la mía! Lo menos hace dos semanas mi mujer me está diciendo que debo á usted una visita.... Perdone usted, amigo mío, creo que somos algo parientes, y ya se ve, le trato como de la familia; luego, como apenas paro en casa....

— En efecto, estuve á comer un jueves y no tuve el gusto....

— Vaya usted el próximo sin falta, allí estaré; los buenos amigos deben rubricar sus amistades en la mesa.

En esto se acercaron varios socios, amigos unos del Conde, otros de Augusto, otros de ambos, y se entabló una conversación capaz de ruborizar á un poste. Al decir de aquellos elegantes, no quedó mujer con honra ni cortesana en pie; eran tan peregrinas las historietas, tan crudos los pormenores, que Santoyo se sintió mortificado y hasta llegó á creerse indigno de Matilde.

— A propósito, señores, — dijo repentinamente el del Zarzal, consultando el reloj, — ustedes me dispensarán, son las seis, tengo una cita...

— ¿Quién es ella? ¿quién es ella? — preguntaron varias voces.

— Eso quisieran ustedes saber, pillastrones, — respondió el interrogado.

En seguida, guiñando el ojo y con un gesto más propio de un gitano que de un título, abandonó el salón, no sin decir á Augusto:

— Hasta el jueves ¿sí? no falte usted.

La conversación continuó durante algunos minutos, y por ella Santoyo pudo sacar en consecuencia que al Conde para nada le estorbaba el séptimo Sacramento.

El jueves próximo cumplió su palabra de ir á comer con los del Zarzal, y aunque le recibió el Conde, que hacía los honores, no pudo menos de sorprenderse: la Condesa aquel día no comía en casa. Nada, un verdadero compromiso; la Generala Guerra había estado á llevársela, primero á comer, luego á su palco y turno del Real, donde Gayarre cantaba por última vez *La Favorita*.

— ¡Bonito matrimonio! — volvió á pensar Augusto. — Está de Dios que no he de verles juntos. Y á eso llaman unión conyugal!

— La Generala nos ha hecho un triste servicio, Señores — dijo el del Zarzal; — pero no importa; trataremos de pasarlo lo mejor posible.

La comida, á la cual asistieron muy pocas señoras, fué de lo más expansivo. El juego y la conversación animaron el resto de la velada. Santoyo, por aquello de «donde quiera que fueres haz como vienes» jugó también pensando perder y tuvo la sorpresa de ganar; lo cual le hizo concebir algún temor acerca del afecto de Matilde, á quien escribía diariamente.

El joven, con todo, se había equivocado al sospechar que no cupiesen bajo un mismo techo los Condes del Zarzal. Una noche asistió á los martes de la Generala, donde tuvo el gusto de encontrarse con la Condesa, y el disgusto de sorprender entre ésta y una íntima el siguiente brevísimo diálogo:

— ¿Y el Conde?
— No le veo hace tres días.
— Sin embargo; me parece un buen marido.

— ¡Ah! excelente; figúrate tú que para nada se entromete en mis asuntos...

En esto apareció el Conde, quien saludó y se puso á hablar con todo el mundo menos con su mujer, á la cual se contentó con dirigir desde lejos un ligero saludo acompañado de una amable sonrisa. Augusto allí pudo observarle atentamente, y vió que se trataba de un ejemplar muy abundante en los salones. El Conde era uno de esos hombres en los cuales reina un gran desequilibrio entre la materia y el espíritu: la primera camina á pasos agigantados hacia la decrepitud, el segundo no llega nunca á la madurez. Abandonó la tertulia á media noche, no sin antes acercarse á decir á la Condesa:

— Voy un rato al Casino. ¿A qué hora quieres el coche, querida?

— Cuando á tí te parezca.

— Está bien; te lo mandaré á las dos.

III

Así fueron rodando las cosas hasta la primavera, sin que Augusto dejara de asistir á la Universidad ni al despacho de D. Nicanor, donde, distinguiendo lo justo de lo injusto, adquirió conocimientos muy importantes para el ejercicio de su carrera. Deseoso de verlo todo, fué dos ó tres veces á los toros, y en una de ellas vió á uno de nuestros más renombrados diestros brindar su fierra á la Condesa, la cual desde un palco echó al maestro una preciosa botanadura; mientras el Conde, que se hallaba en otro palco, arrojaba al mismo un puñado de tabacos.

Llegado el mes de Junio, Santoyo tomó al fin la borla de Doctor, y hubiese podido tomar también, si se la dieran, la de hombre de mundo. Antes de regresar á la ciudad natal, su deseo más ardiente, estuvo á despedirse de los Condes del Zarzal; pero no pudo verles: él acababa de volar á Suiza con una bailarina de la Ópera; ella estaba conferenciando con D. Nicanor sobre la oportunidad de entablar ó no demanda de divorcio.

Augusto llegó al fin al lado de su madre, que le recibió con los brazos abiertos y de D. Fernando y de Matilde, que le recibieron como le habían despedido.

En sus cartas habíase guardado muy bien de revelar las intimidades de los Condes del Zarzal, ni ciertos pensamientos de D. Nicanor, su maestro jurídico. Al enterarse en familia de los segundos:

— ¡Qué pillastrón! — dijo riéndose D. Fernando.

Al oír los pormenores de las primeras D.^{as} Engracia, horrorizada de sus parientes, no pudo menos de exclamar:

— ¿Dios mío, para qué se casarán algunos?

En cuanto á Matilde, permaneció triste y pensativa.

— ¿Qué te pasa? — le preguntó Augusto.

— Pues, con franqueza, que voy á casarme y tengo miedo después de lo que acabo de oír. «Cuando la barba de tu vecino veas pelar....»

— ¡Tontina! — repuso el joven; — aquél es un matrimonio á la moda, y el nuestro será un matrimonio cursi. Yo he vivido en Madrid; pero Madrid no ha entrado en mí.

El verano se pasó en preparativos. A principios de otoño se casaron, y Dios bendijo la unión de Augusto y de Matilde, porque al año tuvieron un hijo como un ángel de Murillo. El bufete de Santoyo prosperaba en tanto.

A los cinco años de casados, y con otros dos hijos, dignos hermanos del primero, supieron que el Conde había muerto de la médula y que la Condesa estaba tísica. En una palabra: andando el tiempo, la rueda de la fortuna se detuvo ante ellos ofreciéndoles el título de Condes del Zarzal. Como hubiese que hacer gastos y Augusto vacilase en aceptarlo:

— Déjalo, déjalo, nos traería mala suerte — le dijo su mujer.

Y no le faltaba razón para rechazarlo; el doble título de madre y de esposa, cuando se lleva dignamente, vale más que todos los timbres con que aspira á engalanarse la vanidad humana.

JUAN TOMÁS SALVANY.

CRÓNICA

El 26 de Agosto se verificó en la iglesia del Pilar de Zaragoza, la solemne ceremonia de la consagración del Sr. Supervía, Obispo auxiliar de aquella Diócesis, que fué presenciada por el Emmo. Cardenal Arzobispo, siendo consagrante el Sr. Obispo de Sigüenza, y asistentes los Prelados de Pamplona y Huesca. El acto se verificó con gran pompa, viéndose en él, además del Cabildo metropolitano, la Diputación provincial, en cuyo nombre apadrinaban al nuevo Obispo dos de sus individuos; el Ayuntamiento, Capitán general y Rector de la Universidad.

— El Ilmo. Sr. Obispo de Huesca, habrá tomado posesión de su Diócesis el 2 del actual.

— Dícese que por el Ministerio de Fomento, se dictarán en breve, nuevas disposiciones encaminadas á que no se defraude la propiedad literaria intelectual.

— La enfermedad que aquejaba al anciano y muy Rdo. Arzobispo de Tarragona D. Benito Vilamitjana y Vila, ha tenido un fatal desenlace, habiendo pasado á mejor vida el ilustre Prelado que con tanto celo y sabiduría había regido aquella Diócesis.

— Desde el principio de su Pontificado, no ha dejado de excitar Su Santidad á los fieles del orbe cristiano, para que imploren el auxilio de la Madre de Dios por medio del rezo del Santo Rosario. Desde Septiembre de 1883 en que publicó su primera encíclica á este fin, exhorta todos los años á los católicos, renovando sus deseos de que se conserve la práctica del Rosario, introducida por el glorioso Santo Domingo para sanar las llagas de la sociedad. En el presente, á fin de dar gracias por los beneficios recibidos, y de rogar con más empeño por los que se han de conceder, nuestro Beatísimo Padre encarga se cumpla y observe la piadosa práctica durante el mes de Octubre, y especialmente en su primera dominica, cumpliéndose lo preceptuado en su encíclica y en los decretos de la Sagrada Congregación de Ritos de 1885, 86 y 87.

— El Congreso católico iniciado por nuestro ilustre Obispo, será pronto un hecho. Es una idea que podrá ser fecundísima en bienes para la Religión y la sociedad; que derramará mucha luz sobre la perturbada conciencia pública. Nuestra REVISTA la acoge con entusiasmo. Véase lo que dice en su último número, el *Boletín Eclesiástico* de esta Diócesis:

«Son bastantes las personas que nos han escrito, y que se han acercado á nosotros pidiéndonos informes sobre el *Congreso católico*, de cuya celebración hizo mención nuestro Excmo. Prelado al publicar la Encíclica *Libertas*; y para satisfacer esos deseos, podemos decir que, con la gracia de Dios, se llevará adelante tan laudable pensamiento, del cual tiene ya noticia Su Santidad y también el Excelentísimo Sr. Nuncio Apostólico en esta Corte; que nuestro Excmo. Prelado se dirigirá en su oportunidad á los MM. RR. Prelados de España pidiéndoles su consejo, remitiéndoles el programa y los temas para que modifiquen uno y otros conforme lo creyeran

conveniente, é invitándolos á tomar parte en la organización y en las sesiones del Congreso; que la Presidencia de éste la tendrá el Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad, si se dignase admitirla, ó el Eminentísimo Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo, ó en su defecto, cualquiera de los Emmos. Sres. Cardenales ó Prelados á quienes correspondiere, guardada siempre la jerarquía y la antigüedad; que el Congreso será nacional y de carácter puramente científico; que las Comisiones que se formen para los trabajos y orden de las sesiones estarán presididas por un Prelado ó por un Sacerdote docto; que en el mes de Octubre se publicará un periódico, como se hizo con ocasión del Jubileo de Su Santidad, que sea órgano del Congreso, para alejar así de éste en cuanto sea posible todo matiz político; que en su oportunidad se invitará á las Corporaciones, Academias y centros literarios para que nombren comisión que lleve su representación respectiva en el Congreso; que habrá un Tribunal de censura presidido por un Prelado, y compuesto de hombres doctos en los diferentes ramos del saber, para examinar los discursos que hayan de pronunciarse por los que, al efecto, pidan turno con la mira de exponer alguno de los temas prefijados; y, finalmente, que habrá en esta capital una Comisión permanente para llevar la correspondencia y ejecutar los acuerdos de los Prelados en todo lo que se relacione con el Congreso. Esas son las noticias que en general podemos dar á los que nos han consultado sobre la materia.»

— El Papa León XIII, queriendo dar una prueba de especial afecto á la nueva Diócesis de Madrid-Alcalá, ha concedido á nuestra Catedral los honores de Basílica agregada á la de San Juan de Letrán, á fin de que en ella se puedan ganar las indulgencias con que están enriquecidas las Basílicas de Roma. También ha concedido Su Santidad privilegio para que puedan usar los Sres. Capitulares, en su hábito coral, el color de los Canónigos lateranenses, que es morado.

— A las felicitaciones dirigidas á nuestro eminente Prelado con motivo de la publicación de su Carta Pastoral sobre el Código penal italiano, hay que añadir las de todos los Sres. Curas Párrocos y Economos de Madrid, por sí y en representación del Clero parroquial; las de los Sres. Rectores ó encargados de las Capillas y Oratorios públicos en número de 30; la de la Vicaría Eclesiástica de Alcalá de Henares; las de las parroquias de Navalcarnero, Navas de Buitrago, Cadalso, Chamartín, Collado-Villalba, Leganés, Vicálvaro y Villacañeros y la del Arciprestazgo de Getafe.

— Nuestro Prelado ha salido para el balneario de Vichy. Durante su ausencia, que será corta, queda encargado de la Diócesis el Sr. Deán de la Catedral.

— Ya habrá salido de Barcelona para Roma el Sr. D. José Jerónimo Peralta, Obispo de Panamá, que va á la visita *a limine*, y al propio tiempo para ver si puede reunir personal eclesiástico con destino á su Diócesis, donde tan necesario es, con motivo de las colosales obras que se están haciendo para la apertura del istmo. Su Ilma., aunque nacido en Colombia, es oriundo de España, pues su abuelo era navarro.

— Por Breve Pontificio, publicado el 17 de Agosto, el Papa ha creado una condecoración, en memoria del Jubileo Sacerdotal, destinada á premiar los servicios de cuantos se han distinguido por su liberalidad en regalos para la Exposición Vaticana, ó por el celo en procurarlos, ordenarlos y remitirlos á Roma. Es de figura octógona en forma de cruz con flores de lis; la efigie y el nombre del Pontífice por un lado, y por otro el escudo de armas con la

inscripción del año del Jubileo, pendiente de una cinta de seda encarnada, blanca y amarilla.

— El 26 de Agosto ha hecho cuatro años que falleció en Madrid el fecundo dramático é insigne poeta D. Antonio García Gutierrez, nacido en Chiclana (Cádiz) en 1812. Hijo de humildes artesanos, lograron cursar dos años de medicina en Cádiz, pero sus aficiones le llamaban á la corte, donde dió á conocer sus primeros ensayos literarios, publicados en el periódico *La Revista Española*, de cuya redacción entró á formar parte con el haber de dos pesetas diarias. Fracasadas sus primeras tentativas teatrales porque las dos obras por él presentadas á las empresas no llevaban un nombre acreditado, desistió de su propósito, yendo á alistarse en las filas del ejército, hasta que en 1836 el célebre actor D. Antonio de Guzmán, reconociendo el mérito del novel autor, aceptó para su beneficio el drama titulado *El Trovador*, que la empresa del teatro del Príncipe había acogido con desdén. La obra se representó y constituye la base de su fama, consolidada con obras tan notables como *Simón Bocanegra*, *Venganza catalana*, *Juan Lorenzo* y *Crisálida y mariposa*, subiendo á más de cincuenta los títulos que forman su popular repertorio dramático. El nombre y excelentes cualidades personales del ilustre académico de la lengua vivirán siempre en la memoria de los que no olvidan el patriótico deber de rendir culto al genio.

— En los dos Colegios de Escolapios de Madrid se ha celebrado con la solemnidad acostumbrada la fiesta del Santo Fundador el P. José de Calasanz, gloria de la Iglesia Católica y de la nación española. El Colegio de San Fernando vió concurridísimo de fieles su hermoso templo, que tantos recuerdos artísticos encierra, y en el que se ha oído esta vez la voz del Rmo. Arzobispo de Santiago de Cuba, quien discurrió elocuentemente sobre el oportuno tema de la enseñanza laica. En la iglesia de San Antonio Abad predicó el Sr. Maserico, Magistral de Ciudad Real, y el pueblo pudo orar y admirar á la vez la inspirada imagen del Santo, debida al pincel de Goya, que aparecía resplandeciente de luz.

— El establecimiento que en la calle de Dutot, en París, construye el Dr. Pasteur, ha sufrido una transformación completa. Está ya arreglado en el piso bajo un pequeño anfiteatro, con sus banquillos-pupitres y su hornillo para los experimentos.

En el primer piso están acabados los trabajos de las paredes y de colocación de molduras de madera, puertas, etc. El salón de sesiones del Consejo tiene artesonado, sostenido por una doble hilera de columnas acanaladas. Al otro lado del vestíbulo, está el gabinete del Director. Una magnífica chimenea de madera esculpida ocupará el fondo de esta pieza. En las demás están ya colocadas hermosas chimeneas de marmol rojo vetado.

A los jardines se baja por una monumental gradería de figura semicircular, por la cual se subirá al primer piso, en donde estará instalada la dirección de los servicios administrativos.

Las inmediaciones del establecimiento están hoy transformadas en jardines. El contratista ha llevado á ellos 3.000 metros cúbicos de tierra vegetal.

Detrás de los dos principales cuerpos de edificio, todo es nuevo; se han construido ó recompuesto cuatro pabellones aislados, un patio, un palomar y dos perreras.

No lejos de los enfermos sometidos á curación, habrá como materia de estudios y de experimentos, los animales, causa originaria de la terrible enfermedad de la rabia.

Mr. Pasteur ha dicho que piensa inaugurar su Instituto á principios de Noviembre.

— Los que creen que el té es una sustancia com-

pletamente inofensiva y que puede abusarse impunemente de él, deben conocer un trabajo acerca del envenenamiento crónico por el té, que fundado en setenta y cuatro casos, ha publicado el Doctor Bullard, y cuyas conclusiones son las siguientes:

- 1.^a La acción del té se acumula.
- 2.^a Es más pronunciada en los jóvenes anémicos y débiles, si bien se observa también en personas bien constituidas.
- 3.^a La cantidad necesaria para conseguir los efectos tóxicos es inferior á cinco tazas diarias.
- 4.^a Los síntomas que se notan son: inapetencia, palpitaciones, náuseas, vómitos y un estado de excitación nerviosa, revelado en los unos por histeria y en los otros por trastornos intelectuales rayanos en la manía. Son también frecuentes los dolores cardíacos con irradiaciones al brazo izquierdo como en en la angina de pecho.

— El Gobierno ruso ha adoptado una extraña medida.

Desde la próxima temporada de otoño, todos los artistas que formen parte de los teatros imperiales estarán obligados á usar un uniforme muy semejante al que llevan los músicos de la corte del Czar.

Pero ya se ha dirigido alguna protesta contra tal acuerdo, al que no parecen muy dispuestos á plegarse los artistas extranjeros que actúan allí.

— La gran Exposición de Londres (1851) fué visitada por 6.039.145 personas, produciendo 10.608.060 pesetas en 141 días que estuvo abierta.

La universal de París (1855) produjo 3.202.475 pesetas, y la visitaron 5.162.350 personas en 200 días.

La internacional de Londres (1862) tuvo 6.214.103 visitantes, cuyas entradas dieron en 171 días 10.213.250 pesetas.

La universal de París (1867) fué visitada por 8.895.991 personas, produciendo 10.513.375 pesetas en 219 días.

Finalmente la Exposición universal de Viena (1873) estuvo abierta 186 días con los domingos, alcanzó 6.740.500 visitantes y una entrada de 5.161.750 pesetas.

Reasumiendo estas cifras, tendremos que esas Exposiciones fueron visitadas por 33.052.089 almas, que es casi la población de la Francia, y que el producto de las entradas se elevó á la enorme cifra de 158.795.640 reales.

De todas estas exposiciones la que un día recibió más visitas fué la de París en 1867, pues el domingo 27 de Octubre entraron en ella 173.923 personas.

Las celebradas posteriormente no han alcanzado ese número de visitantes.

— Mientras no terminen las actuales circunstancias, los Capellanes reales de Sevilla celebran coro en la sacristía mayor de la Catedral, trasladando á esta capilla la imagen de Nuestra Señora de los Reyes, que ya ha sido llevada en procesión solemne desde su capilla propia á la que por ahora se le destina.

A la urna de plata que guarda los restos del rey San Fernando se le ha puesto una cubierta de madera que la resguarde mientras duren las obras.

Se han levantado los paños é insignias que cubrían los sepulcros; se han recogido las banderas que como trofeos de las victorias del santo conquistador pendían de la bóveda y arcos de la capilla; se ha cubierto el órgano y tomádose todas las precauciones que la más exquisita previsión aconseja para impedir desaparición de objetos, ya artísticos, ya monumentales, reunidos en aquel sagrado recinto.

Algunos periódicos de la localidad dicen que es digna de ser atendida la idea de pedir autorización á S. M. la Reina Regente y á SS. AA. los señores Duques de Montpensier y Duquesa de Medinaceli,

para que, con destino á los gastos de reedificación de la Catedral, se impusiese la cuota de una peseta á las personas que visiten el Alcázar, Palacio de San Telmo y Casa de Pilatos, cuota que también podría extenderse para la visita de todos los demás edificios públicos; con lo cual insensiblemente se iría recaudando una suma que anualmente llegaría á ser considerable.

— En los dos primeros días de la *tombola* que se celebra en Bilbao para allegar recursos con que terminar las obras de la torre de la Catedral de Santiago, se han recaudado 45.624 pesetas.

— En el teatro principal de Burdeos está llamando la atención un ventrílocuo norteamericano que imita maravillosamente las voces humanas de tal modo, que el público cree de buena fe que son á veces tres distintas personas las que hablan.

— Origen de algunas flores y árboles: el clavel proviene de Italia; lirio, de Siria; margarita, de China; tulipán, de Asia; laurel, de la isla de Creta; rosa común, de Europa; rosa de cien hojas, del Cáucaso; escorzonera, de Africa; narciso, de Italia; geranio, del Cabo de Buena Esperanza; granada, de Africa; hortensia, de China; heliotropo, del Perú; siempreviva, de Oriente; jacinto, de Turquía; lila, de la India; mirto, del Asia; olivo, de Grecia; naranjo, de China; girasol, del Perú; amapola, de Arabia; ciprés, de Tartaria; jazmín, de la India; acacia, de Berbería, y jeringuilla, de Francia.

— Damos las gracias al Excmo. Sr. Director general de Correos y Telégrafos por el *Anuario oficial* del ramo, correspondiente á 1888, que ha tenido la bondad de remitirnos.

NOTAS SUELTAS

QUIEN BIEN QUIERE.....

A la puerta de su choza
sentada Gabriela está
llorando triste la ausencia
de su amoroso zagal.

Y su madre la dice:

— Ya volverá.

Y Gabriela responde:

— ¡No sé esperar!

Pasa un mes y pasa un año,
y con mayor ansiedad
en el camino del valle
fijos sus ojos están.

Y su madre la dice:

— No esperes más.

Y Gabriela responde:

— ¡No sé olvidar!

J. JOAQUÍN VILLANUEVA.

* *

En un club comunista:

— ¡Abajo la sociedad!

— ¡Muera el universo!

— ¡Hay que cortar quinientas mil cabezas!

— ¡Pido la palabra en contra!

— ¿Quién es el compañero que habla?

— Un sombrerero.

* *

Entre filósofos:

— Prefiero los hombres antiguos.

— Yo, los modernos.

— Aquellos eran realmente buenos.

— Ahora son mejores.

— No; ahora nos contentamos con enseñarles á que lleguen á serlo.

* *



LA RIERA DE AMER, POR FÉLIX MESTRES.

El gimnasta y su discípulo:

— La gimnasia es una gran cosa, alarga la vida.

— Pues los antiguos no la necesitaban para vivir más que nosotros.

— Sí; pero ya ves cómo todos se han muerto.

* *

Vierte sus aguas bramando
el torrente asolador,
y sin pompa y sin rumor
va el arroyo suspirando.

Destruye aquél y éste crea;
da uno miedo, otro placer.
¿Qué es el torrente? El poder.
¿Qué es el arroyo? La idea.

J. GARCÍA PARRA.

* *

No creas en la amistad del que siempre te alabe
y aplauda todas tus palabras.

El que aguarda el castigo ya comienza á sufrirlo,
y el que lo merece lo aguarda.

Un favor suele hacer un ingrato y muchos des-
contentos. Un beneficio, más feliz al que le hace
que al que le recibe.

¿Será verdad que á veces nos enfadamos con los
desgraciados para dispensarnos de compadecerles?

Hay una sola enfermedad mortal: la vida.

No sientes en cuenta el beneficio que haces; sí el
que recibes. Pocos son los que saben recibirle, sin
duda porque son menos los que saben hacerle.

En casos arduos consulta cuanto quieras, pero re-
suelve por tí solo.

El mal que hacemos á otro nos persigue con la
misma asiduidad que la sombra al cuerpo.

Dice un proverbio turco que el que no da oficio
ó carrera á su hijo, le enseña á ser ladrón.

Antes que el deseo de agradar inspira á tus hijos
el temor de desagradar.

Muchos se quejan de su memoria; nadie de su en-
tendimiento.

La antipatía suele ser envidia disfrazada.

No puede sentir el amor de la patria quien no
conozca el amor de la familia.

No puede gobernar el Estado el que antes no
aprende á gobernar su propia casa.

Los hombres que presumen de buenos mozos y
cuidan ante todo de los accesorios del traje, se pa-
recen al árbol de la canela, del que sólo puede
aprovecharse la corteza.

* *

Jugaba Margarita con la cola
de su gato de Angola,
y al quererlo besar ¡quién lo pensara!
de un arañazo la cruzó la cara:

Lo mismo que los gatos
se portan en el mundo los ingratos.

F. PÉREZ ECHEVARRÍA.

* *

Entre gomosos:

— Préstame un duro.

— No tengo inconveniente:

— Pues anda.

— Es que tampoco tengo el duro.

* *

Al tratar de la boda:

— Bueno, joven. ¿Pero usted con qué cuenta
para poder mantener á mi hija?

— Mire usted, papá, y usted dispense que me an-
ticipe, yo salgo cada día por tres duros.

A los cuatro días de la boda:

— Papá, usted dispense, pero vengo á pedir á
usted dinero para ir mañana á la compra.

— ¡Cómo se entiende! ¿Pues no me dijiste que
sálvas por tres duros diarios?

— Sí, papá, todos los días salgo á buscarlos, pero
rara vez los encuentro.

IMAGENES PARA EL CULTO CATÓLICO

A fin de dar á conocer las imágenes en madera en todas
sus clases que se construyen en el taller de escultura de
D. TOMÁS PICÁS, DE BARCELONA, ha establecido un depósito en esta Corte
en el antiguo almacén de galerías, bastones y molduras.

LA FORTUNA

Caballero de Gracia, 46.

JABON REAL **VIOLET** JABON
DE **THRIDACE** único inventor **VELOUTINE**
29, B^o des l'aliens, Paris
Recomendados por autoridades médicas para Higiene de la Piel y Belleza del Color.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5. — Teléfono 2.198.